

# El Bierzo como universo literario:

## Caminos y paisajes

José Antonio Carro Celada

Muchos creen, y no les falta razón estética, que la palabra Bierzo significa vergel, y que esa es la traducción que le conviene al « Bergidum» latino. Pero se trata sólo de una galantería, de un hermoso piropo dictado por ese «patriotismo vexetal»<sup>1</sup> que suponía Vicente Risco a los gallegos. Y algo de eso debe de haber, porque el Bierzo es una antesala de Galicia donde los árboles y los pájaros tienen un nombre propio y donde el habla se pliega a la melosidad de los ríos que caminan hacia el Miño.

Los geógrafos dicen que el Bierzo es una hoya. Y yo añado, hervorosa de riqueza, como hubiera dicho Alfonso X. Aunque se refiera a una concisa pero exacta definición científica, cedo a la tentación homófona -olla- y metafórica, como ebullición ensoñadora. Yo mismo he contemplado más de una vez esta realidad borbollante del Bierzo desde la cima del Acebo, desde la Returta, desde el Campo de las Danzas. He asistido desde la prominencia de la Peña o desde Corullón al borbotón de tonalidades que ofrece como un milagro el otoño. Una hoya por cierto, pero también un espacio de paraíso acotado por cadenas de montañas, exuberante de ríos, árboles, frutos y colores, una riqueza que no se agota en el exterior de su piel, sino que se hunde en las canteras de pizarra y de wolframio, en las entrañas de la antracita y del hierro o en los manantiales auríferos de Las Médulas.

Una tierra así, tan rica por dentro y por fuera, no puede dejar a nadie indiferente, no podía pasar inadvertida ni para los viajeros, ni para los exploradores de tesoros, ni para los buscadores de soledad, ni por supuesto para los creadores de belleza. Al fin y al cabo, crear belleza de la belleza puede parecer una redundancia, pero es antes que nada tentación irresistible cuando lo que se disfruta es el paraíso.

Quiero dejar sentado que El Bierzo, por su condición de tierra transitoria para alcanzar el Finisterre y por la acogedora virtud de su paisaje -entre pecho de Galicia y espalda de Castilla-, dispone de un latido armonioso y firme, se ha convertido en vértebra de caminos y en corazón de paisaje. Ha cultivado la ascética de la ruta y la mística del descanso, el paso y el paseo, el trasiego y el sosiego. Es una tierra de

mucho tránsito y de mucha contemplación, por eso han pasado viajeros y se han quedado anacoretas y los que han pasado, sin quedarse, han quedado prendidos y prendados de las múltiples bellezas de su paisaje.

Quiero fijarme en la visión literaria de estas coordenadas. El Bierzo ha estado siempre aquí, y sin embargo parece como si hubiera sido descubierto para la literatura hace sólo un par de siglos. Es este un fenómeno generalizado en la literatura de España. No siempre el paisaje verdadero ha encontrado cauce artístico y hay muchas páginas que lo confirman describiendo idílicos paisajes que se corresponden más con la imaginación que con la realidad. El tópico paisajístico confundió a Azorín<sup>2</sup> cuando, comentando a Gil y Carrasco, pensaba que sus paisajes eran estereotipos y no lugares y frondas verdaderas. Al fin y al cabo el descubrimiento literario del paisaje es relativamente reciente, casi coetáneo del ferrocarril.

Esta tierra ha sido frecuentada desde antiguo, pero sólo en raras ocasiones aparece su belleza reflejada en los escritos de los historiadores clásicos o en los peregrinos medievales. Tan solo breves apuntes de localización sin voluntad estética. La literatura se entretenía en contar aventuras y sucesos y otras utilidades estratégicas o económicas o militares. Torre era un miliario en la Vía Nova, el Castro de la Ventosa un campamento romano, Ponferrada un puente con barandilla de hierro sobre el río Sil, Las Médulas una montaña de oro escarbada con agua y ambición, las lomas de San Martín de Moreda un pedregal de desecho, anticipo de las actuales escombreras, y Villafranca un registro para afrontar la fragosidad de Piedrafita o una puerta para ganar el jubileo del alma cuando el cuerpo no se sentía capaz de alcanzar el Pórtico de la Gloria compostelano. Había castillos, torreones, cenobios, explotaciones, campamentos. Había también, como hoy, sotos de castaños, nogaledas, linares y emparrados, brezo y jaras y tirsos y caminos de chopos a la vera de los ríos y vericuetos de montaña, pero poco a nada se habla de ellos. De vez en cuando algún peregrino, como el italiano Domenico Laffi, describe la llanura de Cacabelos como una zona de «muchos hermosos y encantadores lugares fructíferos»<sup>3</sup>; pero lo habitual es convertir El Bierzo, como hizo René Lesage en su Historia de Gil Blas de Santillana, en un escenario de aventuras donde el paisaje no cumple más papel que el de facilitar un escondite<sup>4</sup>.

La profusión de comunicaciones, por una parte y el romanticismo, por otra, son los verdaderos descubridores de los caminos y los paisajes del Bierzo como objetos literarios. De esa mezcla de viajero y contemplador han nacido los mejores paisajistas, no los delectadores minuciosos de la naturaleza, sino los impresionistas,

los que captan el movimiento y la quietud.

Resulta curioso y hasta sorprendente que una de las primeras pinceladas descriptivas que se conocen del Bierzo, escritas con voluntad artística, hayan sido escritas por un extranjero, un estafalario viajero del siglo pasado que pasó por estas tierras vendiendo biblias y que se llamaba Jorge Borrow, «Don Jorgito el inglés». No tuvo suerte con su venta ambulante, ya que no logró colocar ni un solo libro, pero su obra *La Biblia en España*<sup>5</sup>, fruto de su campaña proselitista, ofrece un apunte del paisaje berciano verdaderamente entusiasmante.

La obra de Jorge Borrow se publicaba en Londres a finales de 1842, un año antes de que Enrique Gil y Carrasco publicara su colección de artículos *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*<sup>6</sup>, y dos años antes de la aparición de *El señor de Bemibre*<sup>7</sup>. El tramo berciano de *La Biblia en España* comienza a la salida de Manzanal. «No tardamos en llegar -escribe- al borde de un profundo valle abierto entre montañas (...), se asemejaba un poco a una herradura (...). Comenzamos luego a descender al valle por una ancha y excelente carretera abierta en la escarpada falda de la montaña que teníamos a la derecha. A la izquierda quedaba la garganta por donde caía el torrente (...). Era la carretera tortuosa, y el paisaje más pintoresco a cada revuelta. (...) Selvático era el aspecto de las montañas del fondo, cubiertas, desde los pies a la cima, de árboles tan espesos que no se percibía ni un palmo de suelo. (...) No obstante lo agreste de la región, la mano del hombre era visible por doquiera. En las escarpadas vertientes de la garganta, por donde el arroyo caía, amarilleaban pequeños sembrados de cebada; abajo en la pradera, veíanse una aldea y una iglesia; hasta nosotros subían alegres los cantares de los segadores que guadañaban la lozana y abundosa hierba»<sup>8</sup>.

La impresión que iba recibiendo Borrow era la de un sorprendido por la jugosidad de la tierra que contemplaba, a la vez que estimulaba su memoria viajera de otros horizontes. Si Enrique Gil evita comparar el Bierzo con Suiza<sup>9</sup> por considerar que la región tenía suficiente personalidad y belleza y no había por qué piropearla de prestado, Jorge Borrow no puede menos de exclamar esto que, por sí solo, vale como el mejor elogio: «Apenas podía creer que estábamos en España, tan parda, árida y triste en general, y casi me imaginé hallarme en la antigua y gloriosa tierra de Grecia»<sup>10</sup>.

Don Jorgito, el viajero cabalgador de ojos curiosos y sensibles, entra por fin en un pueblo berciano que no parece otro que Torre del Bierzo, «situado en el fondo del valle y regado por las aguas del torrente, ya casi convertido en río»<sup>11</sup>. Y enseguida la apreciación del paisaje: «No he visto situación tan romántica como la de aquel

pueblo. Rodeado de montañas, que casi la dominaban a pico, cobijado por muy densas y variedades arboledas, alegrábanlo el rumor de las aguas, el canto de los ruiseñores y las sonoras notas del cuco»<sup>12</sup>

Siempre hay visión y audición en el paisaje descrito por Borrow. No ofrece un paisaje muerto y estático: o suena una cascada o murmura una brisa o se adivina a los lejos un boyero o vibra la atmósfera bajo el fulgor del sol. Sigue el viajero inglés contándonos el desfiladero de su ruta hasta alcanzar la planicie del Boeza en las proximidades de Bembibre. Continuará después por Cacabelos y Villafranca, pero donde verdaderamente disfruta y se hace lenguas de la belleza del lugar es a su paso por la vega de Bembibre. Debía de ser un día redondo y fragante. "Acaso no se encuentre -dice- aun buscándolo por todo el mundo, un lugar cuyas ventajas naturales rivalicen con las de esta llanura o valle de Bembibre, con su barrera de ingentes montañas, con sus copudos castaños, y con los robledales y saucedas que visten las márgenes del río»<sup>13</sup>. Se da cuenta el escritor de que quizá se la haya ido la mano en el elogio y trata de atenuarlo, pero en la rebaja sale la tierra berciana favorecida. Porque dice: "No aseguro que aquellos lugares me hubieran producido igual admiración contemplados a otra luz; pero menos de producir en cualquier tiempo hondo deleite.»<sup>14</sup>

Tiene este paisaje tal atractivo y poder de seducción, tal capacidad de entretenimiento que don Jorgito piensa «que el hombre nacido en aquellos valles, a no ser muy insaciable y turbulento, no querrá abandonarlos jamás»<sup>15</sup>. No se equivocaba mucho el viajero en este juicio, pues el berciano que se aleja de su tierra sueña con ella desde otros horizontes y hasta se descubre equivocando otras geografías o encontrando en ellas colinas y valles que se la recuerdan. Un viajero tan berciano como el autor de *El señor de Bembibre* lo confirma en las numerosas descripciones de paisajes europeos de su *Diario de viaje*, escrito en el verano de 1844. Por citar un ejemplo, cuando se halla en Gotinga aprecia este singular y preciso paralelo con su tierra berciana: «Entre los valles y cañadas he encontrado algunos que se parecen a los del Bierzo, no en las orillas del Sil o del Cúa, sino en la parte más seca hacia Fresnedo»<sup>16</sup>.

Otra visión idílica del Bierzo, de cuando aún no había contaminaciones, la ofrece un viajero romántico inglés, Richard Ford, en su *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, publicado en Londres en 1845. No es más que una frase, pero vale por toda una proclama ecologista, por una formulación edénica del Bierzo: «Lejos de las cloacas y la contaminación de las ciudades, estos arroyos son tan puros como sencillos los campesinos que viven a lo largo de sus orillas»<sup>17</sup>

Así reaccionaban unos extranjeros receptivos, sin prejuicios, con la capacidad de asombro intacta, ante el paisaje del Bierzo. Recorrieron sus caminos, descubrieron sus primores y los contaron por escrito. Pero quien realmente iba a asimilar el paisaje y los caminos del Bierzo sin sorpresas con naturalidad y maestría a la vez, tenía que ser alguien nacido aquí en pleno romanticismo y en la romántica Villafranca, en una calle que tiene nombre de agua, muy cerca de donde el Burbia y el Valcarce se dan la mano para pasear ya unidos ante Corullón. Nadie antes de Gil y Carrasco y nadie después de él ha convertido el paisaje del Bierzo en protagonista literario. Nadie ha escrito una novela donde la descripción de la naturaleza sea un certero diagnóstico de lo que está pasando por el interior de los personajes. *El señor de Bembibre*<sup>18</sup> es una novela en la que todo cuanto acontece tiene su reflejo en la naturaleza, y hasta las idas y venidas de sus protagonistas de Ponferrada a Bembibre, de Arganza a Villabuena, de Cornatel a Las Médulas no parecen sino disculpas para pintar el retrato más acabado de esta región. No le ocurre a Gil y Carrasco lo que a Borrow, que capta el fotograma de un instante paisajístico condicionado por la novedad y por la luz de un día, el recurso el escritor berciano se basa en una observación cíclica, largamente sentida, de tal forma que el paisaje del Bierzo parece flexible en su pluma, cargado de matices que selecciona a su gusto para dar al carácter de los personajes más consistencia.

Gil Y Carrasco es el mejor paisajista español, el primero que utiliza deliberadamente el paisaje como argumento de su obra. No hizo otra cosa. En su *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior* y en sus artículos europeos se presenta como viajero, roturador de caminos, amigo de tipos humanos conocidos por su nomadismo: arrieros maragatos, trashumantes de la montaña, tratantes de ganado. El mismo fue un paseante incorregible que subía a los altozanos para contemplar a vista de pájaro el panorama. Hay en su *Bosquejo* un párrafo ejemplar. Esto es lo que se ve desde el Castro de la Ventosa: «A nuestros pies teníamos la villa de Cacabelos, el Cúa, que corría por entre sotos y arboledas frescas, y la grande y blanca mole del monasterio de Carracedo. Un poco más adelante Ponferrada cubierta en gran aparte con su magnífico castillo (...) A la derecha se desplegaba la cordillera altísima de la Aquiana, el Sil, centelleante como una serpiente de escamas de oro a los últimos resplandores del sol, se deslizaba besando su falda (...) Rimor enclavado en un angosto valle, Priaranza vistosamente asentado en la cuesta, el castillo de Cornatel semejante a un nido de anguilas colgado sobre un hermoso precipicio (...) A nuestra espalda más reducido, no era menos agradable el paisaje»<sup>19</sup>. Este angular se repite, no como estereotipo sino como técnica descriptiva, en *El señor de Bembibre* y en otros de sus escritores. Así, desde la ermita de La Aguiana «la ribera de Bembibre se presentaba risueña con su fértil llano de linajes y trigos, las graciosas ondulaciones de sus laderas y el convento de la Peña que le enseñoera, como una atalaya, desde la escarpada altura»<sup>20</sup>.

El Boeza, el Cúa y el Sil son los tres argumentos fluviales de Gil y Carrasco, sin olvidar el lago de Carucedo con sus lavancos y gallinetas, ya que «por risueños puntos de vista que ofrezcan las orillas del Cúa y del Sil, fuerza es confesar que la calma, bonanza y plácido sosiego del lago de Carucedo no tiene igual tal vez en el antiguo reino de León»<sup>21</sup> o el criadero de oro de Las Médulas donde el agua excavó en la época romana una imponente montaña que parece un fragmento del Cañón del Colorado, un paisaje, que al decir de Gil y Carrasco, tiene «un aire particular de grandeza y extrañeza, que causa en el alma una emoción misteriosa»<sup>22</sup>.

Quiso el autor de *El señor de Bembibre* conocer otras tierras y probar un invento que conocía de oídas, los recién estrenados ferrocarriles franceses, que convertiría en viejo recuerdo las incomodidades del carromato, las rozaduras del cabalgar y la pachorra con que desfilaba el paisaje, ante sus ojos, por las tierras de España. Le estremeció la velocidad, le impresionaron los túneles, pero le descubrieron un nuevo matiz estético ya que el paso rápido del paisaje «excita poderosamente la imaginación»<sup>23</sup>. No podía sospechar que aquella revolución de los transportes iba a llegar al Bierzo no tardando y se traduciría en mirador privilegiado, en objeto literario, capaz de sintetizar de modo itinerante los caminos y los paisajes.

Fue el último día del año 1875 cuando quedó abierta la línea férrea entre Brañuelas y Ponferrada y entre Ponferrada y San Clodio. El Bierzo quedaba vertebrado por el tren. Le nacerían después otros ramales: el de Toral de los Vados a Villafranca y el de Ponferrada a Villablino. Dos trenes de juguete, románticos y enternecedores.

Son muchas las novelas que en este siglo han viajado en tren y por el Bierzo. En 1914 Concha Espina publicaba *La esfinge maragata*, una novela sobre la soledad y las costumbres de la Maragatería, cuyo tercer capítulo nos cuenta, el hilo del traqueteo del tren, el incipiente enamoramiento entre un poeta y una muchacha. En los entreactos de la conversación aparecían los letreros de las estaciones y se entremetía el paisaje como una evocación, como una alucinación vertiginosa. Es la estampa de una naturaleza fugitiva, la misma sensación que había descubierto Gil y Carrasco a bordo de los trenes franceses.

«-Bembibre- leyó a este punto la muchacha, mientras el tren se detenía.

Y ambos jóvenes...se asomaron a contemplar el frondoso vergel del Bierzo, plácido como un oasis, en el austero y noble solar del León.(...)

-Yo he leído-murmuró Florinda... -una novela que sucede aquí.

-¿El señor de Bembibre?

-Justamente. Es un libro muy hermoso y lastimero (...)

El tren, que hacía rato se engolfaba entre admirables lindes, lanzose otra vez a descubrir mieses y quebraduras, vegas y bosques, maravillas de paisaje y de vegetación (...) Huyen las márgenes sinuosas, los castaños y los nogales, vides y olivos, plantas y viveros del Mediodía (...)

Resbalándose bajo la velocidad del convoy, se deslizaba el Bierzo empanado en bellezas y memorias, fugitivo y rebelde como una ilusión»<sup>24</sup>

Es todo este fragmento como un «traveling» cinematográfico, muy eficaz para sensibilizar el ensueño de los dos enamorados: hermoso porque despierta sus sentimientos y fugaz porque se acaban de conocer y el amor que apunta nunca culminará. Son, pues, las descripciones de Concha Espina breves pinceladas de un paisaje en movimiento. Y añade la autora una nueva mención que no es lógico callar en este lugar. Dice así: «Y el quebrantado discurso (...) volvió a rodar entre el estrépito fragoroso del tren. Cuando éste se detuvo en la estación de Torre, quedó rota de nuevo aquella intimidad»<sup>25</sup>.

Una región como ésta, tantas veces atravesada por esclavos, soldados, peregrinos, arrieros y enamorados, pronto asimiló los caminos del tren. Y el tren mismo se convirtió en un elemento más del paisaje del Bierzo y en referencia literaria. Había empezado Concha Espina, pero vendrán después muchos otros escritores para quien el tren resultaría un escenario transcendental.

El tren que toma en Villablino la protagonista de *La mujer nueva* de Carmen Laforet «era pequeño, cómico, con sus tres clases de viajeros. Una locomotora vieja, con una gran chimenea, potaba y lanzaba pelotas de humo blanco aquella tarde tan oscura y oprimente», después se perdería «en una revuelta del valle...siguiendo todo el curso del río»<sup>26</sup>. «Todas las estacioncitas del trayecto se confundían en la negrura de la noche que iba envolviéndolo todo. La noche y la lluvia. Las mismas bombillas amarillentas, a cuya luz se veían los hilos gordos de la lluvia. El mismo jefe de estación, con su pito y su bandera. Las mismas campesinas con las mismas cestas... Luego, las hileras de montones de carbón, las luces de los lavaderos junto a las vías, algún pequeño reflejo de una luz en la noche que indicaba el río. Y a veces el rumor del río aumentado por la lluvia»<sup>27</sup>. Después el transbordo en Ponferrada y el camino hacia Madrid. No era un viaje cualquiera, lo que se estaba cocinando en el corazón de la protagonista era un cambio decisivo en su vida. Tampoco el paisaje era aquí de terciopelo, sino ese que ha producido la minería, plomizo y desolador.

Camilo José Cela se acordará en su novela *Mazurca para dos muertos* de

aquella tragedia ferroviaria que ocurrió, por los años cuarenta, en estas montañas. No hay que buscar en su mención grandes exactitudes, pero vale como testimonio: «Los padres de los nueve Gamuzas, o sea Baldomero, ... (...) murieron en 1920, en el famoso choque de trenes de la estación de Albares, murieron más de cien, nada más salir medio abafados del túnel del Lazo, que es como una sepultura sin fondo, como una sepultura que no se llena jamás; por el contorno se dijo que a muchos los enterraron vivos aún, pro ahorrarse papel de oficio, pero a lo mejor no es verdad»<sup>28</sup>.

Historias de trenes e historias en un tren. Trenes catastróficos, pero también tiernos trenes, como el pequeño tren de Villafranca que ha cantado Antonio Pereira en *El regreso* y que ya está en vía muerta:

«... dos vagones  
de tablas barnizadas, con cristales  
que cuadran los viñedos...  
Dieciocho kilómetros diarios,  
nueve y nueve contándole ida y vuelta  
para enlazar a tiempo con los grandes  
expresos que conceden un minuto,  
no es gran cosa, pero es la lanzadera  
capaz de urdir la trama de los siglos...»<sup>29</sup>

Este mismo trayecto mismo tren es el que recre la prosa novelesca de Ramón Carnicer en *Los árboles de oro*, el que aparece «entre melancólico amarillo de los chopos y el lánguido violeta de las viñas»<sup>30</sup> muy cerca de Robriga, que es, naturalmente, Villafranca. Desde ese tren que «avanzaba sin prisas" veía el protagonista del relato cómo desaparecían de la vista «el campanario de San Francisco y los torreones del castillo» y cómo «en la extensión rojiza de las viñas negreaban los muñones de las recién podadas cepas»<sup>31</sup>.

También Pereira cuanta en prosa, en una de sus *Historias vecinales de amor*, el acontecimiento de la llegada del tren correo a Toral de los Vados, en cuya estación se daba cita en remolino de chicas a la expectativa de cualquier novedad que llegara de Galicia<sup>32</sup>. Se asomaban los mozos a la ventanilla, igual que hizo Lisardo Valdueza en *País de los Losadas*, del mismo Pereira: «cuando pasamos por ahí abajo...quiero decir,

el país del Sil, se me salían los ojos por la ventanilla»<sup>33</sup>.

Es no sólo interés sino ternura lo que Antonio Pereira siente por los trenes y por ese coche de línea de Villafranca a León que «arrancaba con solemnidad, enfilaba una calle estrecha haciendo retemblar los cristales de las galerías», mientras «quedaba la plaza con sus soportales desiertos»<sup>34</sup>. Tanto le gustan los caminos, tiene escrito un libro de poemas titulado *Del monte y los caminos*<sup>35</sup> y otro libro de relatos que lleva el nombre de *Una ventana a la carretera*<sup>36</sup>

Sus caminantes van a veces por sendas solitarias donde «un castaño partido por el rayo tiene formas que dan miedo»<sup>37</sup>. O una castaña caída sobre la carretera resume como ninguna otra cosa el paisaje y el camino del Bierzo. En su novela *Un sitio para Soledad* asistimos a esta conversación, mantenida en territorio francés:

«-Qué envidia me dan ustedes- Gérard Castel se dirigía a Soledad. (...) Me gustaría haber cogido esta manzana yo mismo, de ahí -y señalaba a través de los cristales-, en mi propio jardín. ¿Ustedes -preguntó- toman la fruta con el desayuno?

-Bueno..., eso depende.

-Tú piensas en Valencia- terció Odile hablando a su marido- pero no debe de haber naranjas en la región de la señorita Acedo.

Soledad informó:

-Hay más bien cerezas...

-Aquí tenemos una fruta excelente -dijo Castel-; las naranjas son mi debilidad.

Soledad volvió a lo suyo: -y muchas castañas, también se cogen. En el tiempo del otoño.

-¿A usted le gustan?- preguntó Odile.

- ¿Las castañas?

-Sí.

-Regular.

-¿Acaso no son buenas en su país?

-Sí lo son. Si no me gustan más, será por la facilidad, por la costumbre. Están

caídas en la carretera. Usted pisa con fuerza el erizo y sale el fruto. Lo coge y nadie le pregunta nada.

-Eso será. Nunca se estima lo que se tiene a mano - sentenció Odile.<sup>38</sup>

Poco dado a los paisajes, pero mucho a los caminos, que por algo fue ingeniero del ramo, Juan Benet, madrileño residente en Ponferrada durante seis años, en tiempos de bonanza para la construcción de presas, inventó para sus novelas *Volverás a Región*<sup>39</sup>, *El aire de un crimen*<sup>40</sup> y *Herrumbres lanzas*<sup>41</sup> un paisaje imaginario, con un mapa detallado y nombres supuestos, que coincide con El Bierzo. La comarca se llama Región y su centro neurálgico lleva también el nombre de Región, un lugar donde hay una compañía que se llama Minero-Forestal, un barrio de las Ollas, una colegiata, un casco antiguo y otro derramado en el Valle del Torce que no resulta difícil identificar con Ponferrada. Desde ese mapa imaginario con topónimos familiares -como Congosto, Suertes y El Maragato- maneja Juan Benet los hilos de unos personajes desazonados por una desolada posguerra, caminantes a la deriva, de acá para allá, en el territorio de Región, deambulando en medio de una prosa de largos períodos, rica y ensimismada.

Si Carmen Laforet había advertido en *La Mujer nueva* la presencia de las explotaciones mineras y Enrique Gil había entresacado destellos de belleza de los escombros de Las Médulas, ha sido Raúl Guerra Garrido, oriundo de Cacabelos, quien ha contado la aventura del wólfam, un tesoro mineral que hizo soñar a muchos bercianos en los años cuarenta. Finalista del premio Planeta, *El año del wólfam* es como la novela de un tesoro escondido al que se llegaba «por el valle del Oro, viejo itinerario de la ferrería de Arnadelo, justo cien metros por encima de la lápida de letras borradas y huellas difícilmente legibles, "Camiño del Óuro, feito por don Ramón do Valle en 1893", un camino ya imaginario»<sup>42</sup>.

Le falta al Bierzo esa novela del carbón, de la pizarra o del hierro, como la tiene Asturias con Palacio Valdés. Pero la tiene del wólfam. Uno de los personajes de *El año del wólfam* llega a afirmar que «el tesoro del Bierzo es el oro, el wólfam es flor de primavera, pasará y si te he visto no me acuerdo, pero te ofrezco unas médulas precisas en donde conseguirlo»<sup>43</sup>. De ahí que «si los tesoros del Bierzo -comenta el narrador- aparecieran de golpe, todos sus ciudadanos viviríamos sin necesidad de trabajar por los siglos de los siglos, la abuela de don Ángel tenía otro en su casa de Folgoso que tampoco aparecía por parte alguna»<sup>44</sup>, como el tesoro de las Corralas o el del Temple. Y es que el Bierzo tiene unas entrañas ricas y está horadado todo él por túneles y galerías, por senderos sin sentido que probablemente han sido abiertos para indagar un recuerdo, una leyenda, un tesoro o un capricho del paisaje. La novela de Guerra Garrido es una tan explícita con los caminos y los lugares como lo puede

ser *El señor de Bemibre* con el paisaje, es la epopeya de un Dorado que acabó en desencanto, pero no renunció a la esperanza. Una región como El Bierzo de tan hermosa piel paisajística necesariamente tiene que esconder en sus entrañas un tesoro.

Esta sería la argumentación de un poeta, del mismo modo que ésta es una tierra de poetas y una tierra que ha encandilado a los poetas. En una visión literaria del paisaje berciano no es posible prescindir de la percepción de los poetas. Gil escribió en prosa su epopeya paisajística, pero también versificó el «encanto peregrino» del Sil:

«Río de las ondas claras  
y las arenas de oro,  
que en los remansos te paras,  
y de sus sombras amparas  
tu codiciado tesoro».<sup>45</sup>

Otro poeta, hoy casi desconocido, Antonio Fernández y Morales, se atrevía a cantarle al Sil en dialecto berciano con estos versos que son en rigor un anticipo de lo que haría poco después Rosalía de Castro en sus *Cantares Gallegos*:

"Derramé o Cielo pe d'aquel río  
ver o arrebol  
d'os días nacies d'o grato estío,  
é cuál refracta sobro o rocío  
sua luz o sol.  
Derramé o Cielo d'esas tuas fontes  
ver o raudal  
cómo serpea o pe d'os montes,  
é cual se pintan os horizontes

no seu cristal»<sup>46</sup>

Como hizo tantas veces Enrique Gil, se subió un día Dámaso Alonso, uno de los grandes poetas existenciales de la lengua castellana, a un mirador berciano desde el que se puede contemplar toda la vega de Toral y de Cacabelos. Al mirador de Corullón se subió una tarde a limpiar su mirada, a reconciliarse con el amor y con la nostalgia. El resultado fue uno de los más espléndidos poemas que se han escrito sobre El Bierzo, un gozo de la vista y esa sensación del tiempo que discurre como un río. Le bastan al poema unas hileras endecasílabas y una leve apoyatura asonante para verter un delineado a la vez que emocionado paisaje. Se titula «*El valle*» y está incluido como intermedio en su libro *Gozos de la vista*. Dice así:

«los valles miran siempre hacia la ternura  
inicial, hacia origen, hacia infancia  
de hombres o mundos. Contempláis un valle  
y el corazón se llena de nostalgia,  
¿de qué, Señor?  
Desde un repecho miro:  
allá, al fondo, se extiende Villafranca  
del Bierzo -noble piedra, nombres altos,  
huertos secretos, siglos de pizarra-.  
La tarde cae, horizontales líneas  
de sol los montes a lo lejos rayan.  
Y por debajo, sombras transparentes  
-quietud de sombra en tiempo- son un  
agua densa, con sueño, y llenan la ancha copa  
del valle. El río hacia Toral resbala,  
silencio. Un trenecillo inverosímil

pita: parece un grillo en la distancia.

El valle bebe y bebe silencioso.

En esos sesga el río, y pasa y pasa.

(...)

¡Hacia un destino verde el amor mana!

Todo en silencio se consume. Bebe

y bebe el valle. El río pasa y pasa»<sup>47</sup>

El Dámaso furioso, cegado de monstruos y de ira, encuentra en un paisaje berciano el silencio reparador que buscando, un río sin murmullos que pasa en la distancia. Quiero solamente advertir que el único ruido que suena en el poema es el pitido del trenecillo inverosímil, pero convertido en grillo, integrado en la naturaleza.

Hay poetas en El Bierzo que han cantado al Bierzo y amigos del Bierzo que han venido a poner en él su canción, a evocar sus laderas, su agua juncal o su agreste súplica. Pero hay que reconocerlo, el Parnaso del Bierzo está en Villafranca. Allí nació Gil y Carrasco y de allí son Ramón González Alegre, Antonio Pereira, Gilberto Ursinos y Juan Carlos Mestre, voces todas ellas personalísimas, exquisitamente vegetales y de húmeda calidad, que es tanto como llamarlas bercianas a carta cabal.

En la obra de todos ellos hay caminos y paisajes del Bierzo, experiencias cromáticas, entonaciones forestales inconfundiblemente nativas y rutas de secreta belleza que conducen el corazón hasta la tierra o que le dan cuerda a su palpitar. Ramón González alegre en su libro *El ágape de Dios* contempla este suculento camino frutal:

-El carro de vendimia va chirriando

por los ojos agrestes del paisaje,

y en el limpio esplendor del Bierzo, vive

un mosto claro, de vigor unánime...

Unos fresones de rumor dorado,

uvas que estallan presas de lagares,

chopos que pasan cerca de los aires,  
pimientos verdes, rojos, verdiazules,  
frescor de heno, viento de frutales...  
En el carro de bueyes, la vendimia,  
va contando sus tardes»<sup>48</sup>

En otro momento describirá su "apogeo", como un cántico guilleniano, fácil de rastrear en muchos de sus poemas, con una inmoderada letanía que intenta definir la unidad y la pluralidad de una emoción:

«Tu horizonte que busco,  
tu horizonte, que desde la esperanza  
me llega y me desposa  
con la densa raíz de los milagros.  
Bierzo mío, Bierzo amado,  
Bierzo alto, Bierzo bajo,  
Bierzo leonés, Bierzo galaico,  
Bierzo de vides, de castaños,  
Bierzo de montes cotidianos... »<sup>49</sup>

Antonio Pereira, que dice es «de una tierra fría, pero hermosa»<sup>50</sup>, es más escueto de paisaje y más dado al camino y a la Plaza Mayor. Sin embargo en sus libros, de escenario cosmopolita, se habla mucho de gentes del Bierzo y de amigos. Precisamente alguna de las miniaturas más primorosas del paisaje de sus versos hay que buscarlas en su «Carta a González Alegre» una carta escrita desde la lejanía geográfica y desde la eterna distancia de Ramón:

-¡Tenía que contarte tantas cosas!(...)  
Cosas de allá donde los dos sabemos  
la patria verdadera de los mirtos,

donde al amanecer cada mañana  
huele a flor de domingo.  
Te fuiste y te lloraron ruiseñores.  
Ensombreció la flor de los espinos.  
Por tí se retrasaron los almendros  
y fue más agrio el vino». <sup>51</sup>

En torno a la Fiesta de la Poesía de Villafranca han nacido poemas bercianos de Victoriano Créme<sup>52</sup> o Antonio Gamoneda que ha visto cruzar palomas sobre los altos viñedos de Corullón y ha pensado «doradamente en la luz / mirando el mundo en Bierzo»<sup>53</sup>

Otro año -aquella fiesta no pudo celebrar- Gilberto Ursinos se cansó de vivir después de haber escrito en siete versos un poemilla de los siete ríos del Bierzo -el Burbia, Valcarce, el Cúa, el Sil, el Cabrera, Boeza y el Selmo- y después haber construido quince sólidos sonetos a otros tantos lugares de esta tierra<sup>54</sup>. Ninguno será escuchado aquí con tanto gusto como el dedicado a Torre del Bierzo:

"Tu mina, amor, mi verso y el camino  
son trinidad en sí y en la misma cosa:  
una hondura de padre que es la rosa,  
divina en el fulgor del ser divino.  
Más atenta a lo bello que al destino,  
jardinera es el ansia y sed rabiosa  
santo espíritu de alba: uno y trino...  
Tu mina, amor, el camino y mi verso  
son eternos de unión y compañía  
y el tiempo no podrá... Viento y dolor...  
En vieja trinidad de Bierzo terso

son la vida y la luz y la armonía

camino, verso y tú, mi mina, amor...»<sup>55</sup>

Juan Carlos Mestre, ganador del premio Adonais de poesía con un libro titulado nada menos que *Antífona del otoño en el valle del Bierzo*, es dueño de nuevas y nostálgicas vibraciones líricas. Un neorromántico que disuelve la naturaleza en un líquido autobiográfico lleno de referencias vitales. Su lenguaje es rico, audaz en la imagen, esplendoroso por lo otoñal. Todo el libro es El Bierzo, incluso este poema tan personal:

-Yo he nacido aquí junto a las altas lilas

del verano y los verdes racimos amargos de la aurora.

Yo he nacido entre las rosas que han muerto

y el mustio follaje de los jardines de un sueño. (...)

Yo he nacido duro de corazón y equivocado,

pero vosotros me habéis dado la tierna mano de la primavera.

(...) Desde entonces he sido melancólico y

triste porque he contado los astros y la lluvia y la arena. (...)

Yo he nacido aquí junto a la piedra de Cluny

donde brota el mirto su tallo en la maleza.

Pero no he sido feliz,

mi memoria se ha cansado de llover y de esperarte»<sup>56</sup>

Esta es la voz más joven. Quiero, sin embargo, terminar este recorrido por los caminos y el paisaje berciano con una voz acostumbrada a describir austeridades castellanas, aunque guarde entre sus querencias la de su Bierzo natal. Luis López Álvarez, nacido en La Barosa, ha escrito este redondo soneto que es la mejor estampa del otoño en El Bierzo. Minuciosamente descriptivo, fiel al pasado y a la actualidad, de rimas sonoras y decididas. Evoca el paisaje, los frutos, los caminos, la historia, la faena, el trabajo, las costumbres, el pueblo y la ciudad. Un completo mosaico en catorce versos:

«El otoño en el Bierzo ya se avanza,  
alargando la sombra del castaño,  
suena en la lejanía algún rebaño,  
y en la aldea se cuelga la matanza.  
Maíz, pimientos, aperos de labranza:  
alguien recorre el corredor de antaño,  
y el camino de ayer recorre hogaño,  
caballero del Sil, dama de Arganza.  
Nieblas cubren la peña de Congosto,  
alguien toca en hornija la enramada,  
fermenta en la bodega el nuevo mosto.  
El minero acabó ya su jornada,  
en un claro del bosque arde un magosto,  
y va encendiendo luces Ponferrada»<sup>57</sup>.

## NOTAS

<sup>1</sup>Vicente Risco, *Leira*, Galaxia, Vigo, 1970, p.22.

<sup>2</sup>Azorín, *El paisaje de España visto por los españoles*, 5ª ed. Espasa Calpe, Madrid, 1959, p. 15 y ss.

<sup>3</sup>Domenico Laffi, *Viaggio in Ponenete a San Ciacomo di Galitia e Finsiterre*, Bolonia, 1681.

<sup>4</sup>René Lesage, *Historia de Gil Blas de Santillana*, Sopena, Barcelona, 1959.

<sup>5</sup>Jorge Borrow, *La Biblia en España*, Ediciones Cid, Madrid, 1967.

<sup>7</sup>Enrique Gil y Carrasco, *Obras Completas*, Biblioteca de Autores Españoles, Vol. LXXIV, Madrid, 1954, p. 303 y ss.

<sup>7</sup>OB. Cit p. 53.

<sup>8</sup>Jorge Borrow, Ob. Cit. p. 257.

<sup>9</sup>Ob. Cit. 1. C

<sup>10</sup>Ob. Cit. 1. C

<sup>11</sup>Ob. Cit. 1. C

<sup>12</sup>Ob. Cit. 1. C

<sup>13</sup>Ob. Cit. P. 259

<sup>14</sup>Ob. Cit. 1. C

<sup>15</sup>Ob. Cit. 1. C

<sup>16</sup>Enrique Gil, Ob. Cit p. 398 a.

<sup>17</sup>Richard Ford, *Manual para viajar por España y lectores en casa*, Turner, Madrid, 1988, p.234.

<sup>18</sup>Enrique Gil, *El Señor de Bemibre*, en «Obras completas», BAE, Madrid, 1954, pp. 53-218.

<sup>19</sup>Enrique Gil, *Obras completas*, ed. Cit. p. 305.

<sup>20</sup>Ob. Cit. p. 319.

<sup>21</sup>Enrique Gil, *El señor de Bemibre*, BAE, p. 179.

<sup>22</sup>Ob. cit. p. 142.

- <sup>23</sup> Enrique Gil, *Obras completas*, BAE, p. 351.
- <sup>24</sup> Concha Espina, *La esfinge maragata*, Aguilar, Madrid, 1951, pp. 44-46.
- <sup>25</sup> Ob. cit. p. 47.
- <sup>26</sup> Carmen Laforet, *La mujer nueva*, 2ª ed. Destino, Barcelona 1956, p. 15.
- <sup>27</sup> Ob. cit. p. 50.
- <sup>28</sup> Camilo José Cela, *Mazurca para dos muertos*, Seix Barral, Barcelona, 1983, p. 12.
- <sup>29</sup> Antonio Pereira, *El regreso*, Col. Adonais, Rial, Madrid, 1964.
- <sup>30</sup> Ramón Carnicer, *Los árboles de oro*, Seix Barral, Barcelona, 1962, p. 23.
- <sup>31</sup> Ob. Cit. p. 139.
- <sup>32</sup> Antonio Pereira, *Historias veniales de amor*, Plaza y Janés, Esplugas de Llobregat, 1978, pp. 16-17.
- <sup>33</sup> Antonio Pereira, *Del monte y los caminos*, El Bardo, Barcelona, 1966.
- <sup>34</sup> Antonio Pereira, *Historias veniales de amor*, p. 142.
- <sup>35</sup> Antonio Pereira, *Del monte y los caminos*, El Bardo, Barcelona, 1966.
- <sup>36</sup> Antonio Pereira, *Una ventana a la carretera*, Rocas, Barcelona, 1967.
- <sup>37</sup> Antonio Pereira, *Picassos en el desván*, Mondadori, Madrid, 1991, p. 68.
- <sup>38</sup> Antonio Pereira, *Un sitio para la Soledad*, Plaza y Janés, Esplugas de Llobregat, 1969, pp. 168-169
- <sup>39</sup> Juan Benet, *Volverás a Región*, Destino, Barcelona, 1967.
- <sup>40</sup> Juan Benet, *El aire de un crimen*, Planeta, Barcelona, 1980.
- <sup>41</sup> Juan Benet, *Herrumbrosas lanzas*, Alfaguara, Madrid, 1983-85.
- <sup>42</sup> Raúl Guerra Garrido, *El año del Wólftram*, Planeta, Barcelona, 1984, p. 26.
- <sup>43</sup> Ob cit. p. 220

<sup>44</sup>Ob. Cit. p. 143

<sup>45</sup>Enrique Gil, *Obras completas*, BAE, p. 20.

<sup>46</sup>Antonio Fernández y Morales, *Ensayos poéticos en dialecto berciano*, León, 1861, p. 184.

<sup>47</sup>Dámaso Alonso, *Gozos de la vista*, Espasa Calpe, col. Austral, Madrid, 1981, pp. 43-44

<sup>48</sup>Ramón González Alegre, *El ágape de Dios*, Cristiandad, Madrid, 1964, p. 37.

<sup>49</sup>Ramón González Alegre, Ob. cit. p. 51

<sup>50</sup>Antonio Pereira, *El regreso*, Adonais, Madrid, 1964

<sup>51</sup>Antonio Pereira, *Cancionero de Sagres*, Col. Arbolé, Madrid, 1969.

<sup>52</sup>Victoriano Crémer, «*Villafranca, con amor*» en *Ciudad de los poetas*, Endymion, Madrid, 1990, pp. 40-41.

<sup>53</sup>Antonio Gamoneda, *León de la mirada*, Breviarios de la calle del Pez, León, 1990, p. 45.

<sup>54</sup>Gilberto Ursinos, «Geografía incompleta», en la revista «*Tierras de León*», 1971. Poemas reeditados en *Ciudad de los poetas*, Madrid, 1990.

<sup>55</sup>Gilberto Ursinos en *Ciudad de los poetas*, p. 139.

<sup>56</sup>Juan Carlos Mestre, *Antífona del otoño en el valle del Bierzo*, Col. Adonais, Rialp, Madrid, 1986, pp. 15-17

<sup>57</sup>Luis López Álvarez, *Querencias, Índice*, Madrid, 1969, p. 11